

sociedad dual o elitista, predominio de lo religioso o prevalencia de lo económico sobre la política. Desde luego, son temas candentes y que son recurrentes en determinados sectores de las formaciones de derecha. Pensemos, por ejemplo, en los *neocon* y en el Partido Republicano de Estados Unidos, por no hablar del *Tea Party*. Bajo este punto de vista, el volver al pensamiento político de Maeztu es pertinente y, desde luego, muy actual, por lo que, en mi opinión, constituye todo un acierto. Ahora bien, el presentarse casi como un pionero en esta labor, como afirma el autor en la página 25, puede resultar exagerado, sobre todo, después de los estudios antes mencionados. Estudios, por cierto, sobre todo el de González Cuevas, poco citados a lo largo del texto. Pese a tratarse del resultado de una tesis doctoral y lo que ello implica, tal vez el autor debería haber sido algo más generoso con las importantes obras y autores que le han precedido en su investigación. Al fin y al cabo, esta no es sino una acumulación de sucesivo conocimiento.

Carlos Larrinaga

Universidad de Granada

JOAN MARÍA THOMÀS: *El gran golpe. El caso Hedilla o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona, Debate, 2014, 501 págs.

La historia de la Falange Española ha sido sometida en las últimas dos décadas a una profunda renovación que en la actualidad permite acercarnos al falangismo desde ópticas distintas, pero complementarias, apreciándose así el avance conseguido por la historiografía dedicada al estudio del fascismo en España. Cierto es que aún no hemos llegado al punto de máximo desarrollo historiográfico, pues aún quedan cuestiones importantes por estudiar, por completar o, incluso, por matizar debido a que de vez en cuando nos encontramos con algunos autores que aún siguen las viejas fórmulas metodológicas de antaño, que pertenecen a la prehistoria de los estudios sobre el fascismo, pero que en nuestro país, como digo, parecen vivir una segunda época completamente ajena a las aportaciones más innovadoras del panorama historiográfico nacional e internacional. El caso es que, dejando a un lado algunos de estos trabajos anclados en el tiempo, podemos afirmar con cierta satisfacción que hoy basta una simple consulta sobre la historia de la Falange en cualquier base de datos al uso para comprobar inmediatamente cómo esta arroja una extensa lista de libros, capítulos de libros, artículos, memorias y diarios que vienen a demostrar la cantidad de páginas que hay escritas ya sobre la Falange, su historia y la de los españoles que un día arribaron a sus filas. Porque desde que en 1965 Stanley G. Payne abriera el camino con su trabajo sobre el fascismo español, publicado en París por *Ruedo Ibérico*, hasta los estudios más recientes podría afirmarse, casi sin desviarnos mucho, que prácticamente no han llegado a pasar más de diez

años desde que apareciera la obra del historiador norteamericano sin que no hayamos conocido una nueva aproximación al pasado falangista. Gracias a todo lo que se ha publicado desde aquel seminal *Falange. Historia del fascismo español* hoy conocemos prácticamente todo lo que tiene que ver con la historia de la Falange vista desde arriba.

Una historia desde arriba y también una historia hecha desde abajo y desde el detalle. Porque de la misma manera que en estas décadas nuestro conocimiento de las jerarquías, del propio discurrir de la organización a través de las distintas etapas por las que fue pasando, así como las relaciones de fuerza que fue estableciendo en cada momento no ha hecho más que aumentar, también puede afirmarse que el pasado de la Falange ha sido abordado en los últimos veinte años por una serie de buenos historiadores que están recuperando esa otra cara de la realidad pasada, fundamental para la historia política y social de este país y que, sin embargo, tantas veces había quedado al margen en esas publicaciones de conjunto que comentaba más arriba. Así, desde que Lazo publicara en 1997 su pequeño retrato sobre las falanges rurales habidas en el sur de España y nos acercara por primera vez al día a día del falangismo en esos pueblos y aldeas del país (porque a medida que hemos ido ahondando en esa línea ha podido constarse que el retrato se repite casi sin variación en todas partes), no han dejado de sucederse todo tipo de trabajos —unos de buena factura, otros no tanto— que, en su conjunto, han contribuido a aumentar la nitidez de la fotografía falangista, hasta el punto de que hoy no se comprendería un nuevo estudio de conjunto sobre la Falange en el que no se hubieran integrado las aportaciones hechas por estas nuevas investigaciones centradas en esa historia hecha a ras de suelo. Una historiografía, por tanto, madura en todos los sentidos, con unas publicaciones la mayoría de las veces de calidad, que vienen a situarla al mismo nivel que las firmadas por otros colegas del panorama internacional, y en la que Joan María Thomàs ocupa, desde hace tiempo, un lugar destacado por merecimiento propio.

Cualquier historiador del siglo xx español conoce, efectivamente, la trayectoria historiográfica del profesor Thomàs y la importancia de la misma, de ahí que no sea necesario recordar aquí cuáles han sido las principales aportaciones de uno de los historiadores que más y mejor han trabajado el pasado de la Falange. No obstante, sí es conveniente señalar antes de continuar una cuestión que creo es de interés para lo que nos ocupa aquí. Joan María Thomàs es el único que ha hecho una historia de la Falange desde arriba y también una historia desde abajo y desde el detalle, convirtiéndose así en uno de los historiadores que mejor han llegado a comprender la idiosincrasia de los falangistas. Es importante señalarlo porque esta constituye una de las principales fortalezas del libro que nos ocupa y porque gracias a ello esta obra viene a cubrir un hueco importante en el panorama historiográfico de la Falange. Porque aunque, evidentemente, era mucho lo que se había escrito sobre la Unificación, los sucesos de Salamanca, el papel de Hedilla, el desempeñado por los supuestos legitimistas que decían guardar el mensaje y la memoria del fundador y también sobre

las características de la Falange que surgió de aquella unificación, aquel episodio todavía estaba por cerrarse de una manera definitiva. Por de pronto, había que proyectar luz allí donde muchos autores filofalangistas habían arrojado oscuridad llevados por sus filias y fobias a favor y en contra de unos y de otros; así como rescatar aspectos que muchos historiadores habían dado por seguros sin haber sido sometidos previamente a la crítica historiográfica. Joan María Thomàs lo ha conseguido. Y lo ha logrado recuperando una valiosa documentación de archivo, hallada tanto en fondos públicos como en archivos privados, lo cual le ha permitido ir matizando aquí, ampliando allí, aportando nuevos elementos de análisis y, siempre, sacando los hechos acaecidos de la prisión en la que muchos la habían encerrado. Esto ya es un logro importante; pero no es el único.

Puede ocurrir que en algún instante de *El Gran golpe* se apodere del lector una cierta sensación de desorientación cuando se halla inmerso en ese sinfín de testimonios judiciales que tanto abundan, cuando se enfrenta ante tantos testimonios encontrados como los que se citan en este libro y también en su abundantísimo y prolijo aparato crítico. O dicho de otra forma: hay veces que la lectura no es fácil (tal vez las notas al pie en vez de al final habrían ayudado algo); pero en cualquier caso esto no constituye un demérito del libro, sino la prueba palpable de que el autor conocía perfectamente todo lo que se había dicho acerca de estos sucesos; que conocía, por consiguiente, el sinfín de lugares comunes que tanto y tan acriticamente se habían frecuentado, así como la enorme lista de falsedades que rodeaban a este episodio. Todo lo cual no dejaba más que una opción posible si se quería abordar la empresa con suficientes garantías de éxito: poner orden, concierto y verdad allí donde tantas veces había faltado y hacerlo de la única manera posible que conoce el buen historiador, es decir, acudiendo a los datos empíricos. Abundantes pruebas, por tanto, que había que ordenar, sistematizar y exponer. El resultado de todo ello, insisto, es la versión definitiva de los sucesos que tuvieron lugar en abril del 37; una versión final con la que el autor nos ofrece mucho más que un retrato acabado de una cuestión trascendental para la posterior pervivencia en el poder del dictador. Porque, efectivamente, el libro es mucho más que esto. Es una magnífica radiografía política que se centra en un momento crucial de la historia de España del siglo XX, en el que la organización más importante del bando sublevado, la que más milicianos estaba poniendo al servicio de Franco y la que más presente estuvo en los pueblos y aldeas del bando nacionalista va a acabar en manos del dictador. Y es una buena radiografía política, además, porque a través de las páginas de este libro nos encontramos nuevamente con unos líderes falangistas comprometidos contra la República, al frente de sus Falanges, haciendo lo posible por llevar a los suyos hasta los confines del campo de batalla para conseguir su objetivo; pero unos líderes, también, que en el terreno intelectual y político demostraron estar muy por debajo de lo que las circunstancias y los propios intereses de su Falange les hubieran exigido.

Con esto Thomàs aporta una cuestión fundamental para el estudio de la Guerra Civil y la posterior configuración de la dictadura, que pocas veces se ha tenido en cuenta, pero que fue capital para el afianzamiento de la misma. Dicho así, esto es una obviedad que casi ruboriza, aunque si entramos en el terreno de lo concreto veremos cómo en muy contadas ocasiones ha quedado tan claro en la historiografía el bajísimo nivel político que demostraron aquellos falangistas tan predisuestos al combate, pero tan poco entrenados para la política, siendo los responsables de que la Falange acabara en una bandeja de plata ante Franco. Por de pronto, aquella típica lucha política por ocupar el lugar que había dejado José Antonio Primo de Rivera y alcanzar la consiguiente primacía en el partido hubiera exigido de esos falangistas que pugnaban entre sí –y siempre teniendo en cuenta que lo que sigue se aborda desde la propia perspectiva de los camisas azules– una correcta lectura de la situación política, cosa de la que no fueron capaces. Es más, el único que intentó conseguir una salida lo más favorable posible para los intereses de la organización nacionalsindicalista –y todo indicaba que su buena relación con Franco lo llevaba por la dirección adecuada para los intereses de la Falange– fue atacado duramente por una parte importante de la dirección falangista. Así, a Hedilla, lo muestra Thomàs, el sector «legitimista» lo acusó de ignorante, le recordaron sus humildes orígenes, negándose a que un mozo de vaquerías pretendiese ocupar el puesto del fundador; acusaciones que contrastaban enormemente con la trayectoria que había seguido la Falange desde el 18 de julio. Pues hubiera bastado un vistazo a la prensa falangista de aquellos días o a los propios cuarteles de la Falange para haber comprobado que había sido el discurso obrerista, el de la integración propia de todo fascismo y no ese clasismo tradicional que derramaban ataques como los referidos, el que había llenado hasta los topes los ficheros de la Falange muchas semanas antes de aquel mes de abril de 1937. Por eso, en vez de aquella campaña de acoso y derribo desencadenada contra Hedilla la disyuntiva podría haber sido, tal vez, la siguiente: o hubieran negociado la unificación lo mejor posible desde una posición completamente realista, lo cual habría significado que todos eran conscientes de que la Falange –por muchas decenas de miles de camisas azules que estuvieran empuñando los fusiles en el frente– no tenía ni el control ni la última palabra en aquella coyuntura (cuidándose así de no ganarse la enemistad del general), o bien tendrían que haber lanzado un contundente ataque contra el general y su Estado Mayor para hacerse así con el control de la situación en la zona sublevada. Lo primero implicaba prudencia y eso casaba mal con el estilo violento y directo propio de todo fascismo; lo segundo habría estado más en consonancia con los modos fascistas. El caso es que no hicieron ni lo uno ni lo otro.

En este sentido, tal vez habría sido interesante la inclusión en el libro de una comparación entre lo sucedido con la Falange y otras organizaciones fascistas europeas. Estoy pensando, por ejemplo, en el caso de la Guardia de Hierro rumana y en cómo esta habría ayudado a visualizar el hecho de que, a fin de

cuentas, lo sucedido con Hedilla, con algunos falangistas y con la propia Falange no fue tan cruento ni trágico como en ocasiones se ha podido leer aquí y allí. Bien es verdad que la Falange resultante estrictamente no era la misma de José Antonio, pero eso no deja de ser una preocupación propia de los filofalangistas de ayer y hoy. El caso es que, volviendo a la comparación, los legionarios rumanos se encontraron en parecidas circunstancias a las de la Falange, con la diferencia importante de que los líderes de la Legión, llegado el momento, sí optaron por la violencia extrema para conquistar el poder. Sabido es que fracasaron y también que la subsiguiente represión desencadenada por Antonescu fue tan brutal como determinante para la domesticación definitiva de aquellos camisas verdes. Fuera como fuera, el caso es que aquello quedó en el haber de la Legión de San Miguel Arcángel, todo lo contrario que lo sucedido en la Falange donde muchos exigentes líderes acabaron convertidos en acomodados colaboradores de la dictadura. De modo que mientras muchos legionarios fueron a dar con sus huesos a la tumba, la gran mayoría de los que exigieron a Hedilla mano dura ante el dictador acabaron bien instalados bajo el paraguas del régimen, al tiempo que al jefe provisional le esperaban décadas de apartamiento y estrecheces. Una estampa muy reconfortante para el montañés. El caso es que siguiendo de cerca la obra de Thomàs también queda muy claro cómo aquellas luchas políticas habidas entre los falangistas se desencadenaron justo en el momento menos apropiado para la Falange. Y esto es así por dos razones como bien demuestra el autor. La primera, porque debilitaban a la organización y la segunda porque mandaban a Franco justo el peor mensaje que podían enviarle en aquellas horas: o aceleraba la unificación o corría el riesgo de perder el control sobre la más importante y nutrida de cuantas organizaciones lo estaban apoyando.

No cabe duda que los movimientos previos que tuvieron lugar antes de la unificación dejaron muy preocupados e incluso harto enfadados a buena parte de las jerarquías que se opusieron a Hedilla, pero si seguimos a Thomàs y también algunos trabajos que abordan este asunto a ras de suelo podremos ver cómo, una vez que Hedilla cayó en desgracia y se hubo producido la Unificación, la Falange que emergió de aquella coyuntura fue una organización en cierta medida mucho más fuerte que la anterior ya que, en realidad, políticamente los camisas azules mandaron a sus casas a los carlistas. Visto, efectivamente, desde abajo y desde el detalle, en buena parte del país bajo control sublevado lo que en realidad tuvo lugar fue una absorción en toda regla, verificada en ocasiones de forma bastante violenta. Por eso, cuando las distintas jerarquías de la Falange percibieron su aparente triunfo cayeron plácidamente en una especie de sueño opiáceo sobrevenido gracias a la posición que supuestamente habían conquistado por méritos propios. Y si a eso le unimos una vez más la falta de perspicacia política, que les llevó a creerse ese mensaje de primero ganamos la guerra y luego Franco nos tendrá en cuenta cuando haya que construir el estado nacionalsindicalista, se explica por qué cerrado el proceso de

la Unificación la Falange acabó domesticada y sus líderes cómodamente instalados en los distintos puestos que el dictador tuvo a bien otorgarles y que la gran mayoría de ellos ostentaron sin problema alguno.

Llegados a este punto nos espera la última parte del libro, de gran interés porque a través de esta obtenemos el último buen retrato recuperado por el profesor Thomàs. Una imagen de conjunto en la que un personaje antaño importante, Hedilla, aparece apartado en un rincón de la misma, caído en desgracia al tiempo que algunos recolectaban para él ayudas económicas y otros no dejaban pasar la oportunidad de recordarle los esfuerzos que habían hecho ante el general para rehabilitar su figura. Y mientras esas indignidades –a decir de Hedilla– asaltaban sus ánimos, en el centro de aquel retrato de grupo aparecen los que un día se indignaron, los que al otro conspiraron y los que al siguiente olvidaron todas las ofensas recibidas como consecuencia de la «reparación» con las que el *caudillo* acabó obsequiándolos. En definitiva, Joan María Thomàs nos ha traído de vuelta los días en los que la Falange fue capturada por el general que se mantendría en el poder durante las siguientes décadas. Y, sobre todo, nos ha puesto encima de la mesa la necesidad de analizar el franquismo sin perder de vista la historia de la Falange. Por todo esto pienso que esta obra se convierte ya en un importante referente para la historiografía que se ocupa del pasado falangista y también para aquella que sigue estudiando la Guerra Civil y la configuración de la dictadura franquista.

*José Antonio Parejo Fernández*

Universidad de Sevilla

FERRAN GALLEGO: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014, 979 págs.

Hace ya bastante tiempo que la historiografía sobre el fascismo español ha adquirido una gran consistencia tanto cuantitativa como cualitativa. Lejos quedan ya las épocas en que distinguidos hispanistas tenían que explicarnos nuestro pasado más reciente por la incomparecencia (en buena medida obligada, ciertamente) de los historiadores españoles. También ha quedado definitivamente atrás ese tiempo en el que cualquier reflexión sobre el fascismo español y, más concretamente, sobre la dictadura franquista tenía que empezar con el consabido quedan todavía muchas lagunas que explorar, muchos huecos que cubrir. No todo está dicho, ni mucho menos, pero no cabe duda de que a estas alturas nuestro conocimiento de esos ámbitos temáticos empieza a ser muy extenso, y en algunas cuestiones prácticamente exhaustivo.

Cada año se publican centenares de nuevos trabajos –libros, artículos, capítulos en obras colectivas– sobre ese periodo de nuestra historia, y son esas contribuciones –necesarias, muchas veces ejemplares– las que poco a poco nos